

La transición energética global que catapultará a Perú y Chile: cobre como el "nuevo petróleo"

La transición hacia energías limpias está posicionando al cobre como un recurso estratégico en el escenario global. En este contexto, Perú y Chile, responsables del 40% de la producción mundial del metal rojo, se perfilan como los grandes beneficiarios de este cambio.

Mientras el mundo busca reducir su dependencia de combustibles fósiles, el cobre se consolida como un material esencial para la electrificación y las tecnologías renovables, convirtiéndose en el "nuevo petróleo" de las economías modernas.

La creciente relevancia del cobre obedece a su papel crucial en la infraestructura verde, como vehículos eléctricos, redes inteligentes y generación de energías renovables.

Según un informe del Fondo Monetario Internacional (FMI), la demanda de este metal aumentará más de un 66% entre 2020 y 2040, pasando de 23,5 millones de toneladas a 39,1 millones de toneladas. Esta transformación refleja un cambio estructural en los patrones de consumo globales, impulsado por compromisos internacionales para reducir las emisiones de carbono y limitar el calentamiento global a 1,5°C por encima de los niveles preindustriales.

Chile, el principal productor de cobre en el mundo, alcanzará el 27,3% de la producción global para 2034, según un análisis de la Comisión Chilena del Cobre (Cochilco). Con una tasa de crecimiento promedio anual del 0,5%, el país sudamericano consolidará su liderazgo con una producción máxima estimada



en 2027, cuando generará 6,07 millones de toneladas métricas. Este incremento estará impulsado por proyectos de expansión en operaciones existentes y nuevas inversiones en el sector.

Por su parte, Perú, el segundo mayor productor mundial, también está en pleno auge. La producción nacional de cobre alcanzó las 246.568 toneladas métricas finas en agosto de 2024, una de las cifras más alta de ese año, representando un crecimiento interanual del 10,7%.

Según declaraciones de la presidenta peruana, Dina Boluarte, las exportaciones del metal rojo generaron ingresos de 1.951 millones de dólares en julio de 2024, impulsadas tanto por el alza de precios como por el incremento de pedidos internacionales.

En conjunto, Perú y Chile representan el 40% de la producción global de cobre, pero este porcentaje podría crecer en los próximos años.

Según Zetti Gavelán, vicepresidente del Instituto de Ingenieros de Minas del Perú (IIMP), Sudamérica podría con-

centrar hasta el 60% de la producción mundial con la incorporación de nuevos actores como Ecuador y Argentina, que están desarrollando proyectos multimillonarios para ingresar al mercado.

El protagonismo del cobre en la transición energética se explica por su versatilidad y eficiencia en la conducción eléctrica. Este metal es esencial para la fabricación de vehículos eléctricos, que requieren entre 60 y 83 kilogramos de cobre por unidad, cuatro veces más que un automóvil convencional.

Además, es clave en la construcción de paneles solares, turbinas eólicas y redes eléctricas inteligentes, pilares fundamentales del cambio hacia un modelo energético sostenible.

El auge de la demanda global ha llevado a que los precios del cobre alcancen niveles récord. En mayo de 2024, la Bolsa de Metales de Londres (LME) registró un precio intradiario de 11.460 dólares por tonelada métrica, impulsado por una oferta limitada y un repunte

en el consumo, especialmente en China, que concentra más del 50% de la demanda mundial de cobre.

Según datos de Bloomberg, China no solo es el mayor consumidor, sino también uno de los principales almacenistas. En marzo de 2024, las existencias globales de cobre alcanzaron las 491.000 toneladas métricas, el nivel más alto en tres años, con una gran parte concentrada en los inventarios chinos. Este país importa cobre de diversas regiones, incluidas la República Democrática del Congo, Chile, Perú, Rusia, Japón y Australia, para satisfacer su demanda creciente.

A pesar del optimismo, la oferta de cobre enfrenta múltiples retos que podrían limitar su capacidad de satisfacer la demanda futura. Entre ellos, destaca la falta de nuevas minas en operación, sumada al cierre de yacimientos claves. Además, las tensiones geopolíticas, las restricciones medioambientales y las huelgas laborales han reducido la producción en varios países productores.

De acuerdo a un estudio de S&P Global, la brecha entre la oferta y la demanda podría generar un déficit de 10 millones de toneladas métricas de cobre para 2035. Para cerrar esta brecha, se necesitarían cerca de 80 nuevas minas, lo que implicaría inversiones masivas.

No obstante, los largos tiempos de desarrollo, que en promedio tardan 23 años, y la creciente oposición social a la minería a cielo abierto dificultan la materialización de estos proyectos.